

La naturaleza del nazismo

Ferrán Gallego

Universidad Autónoma de Barcelona

Hace ya algunos años, Tim Mason, al regresar de una conferencia internacional sobre el Tercer Reich celebrada en los Estados Unidos, comenzó a dar forma a ciertas preocupaciones metodológicas en un texto que fue publicado póstumamente con el título de «Whatever happened to 'fascism'?»¹. El historiador británico se interrogaba por el uso reiterado de los términos *nazismo* o *Tercer Reich* para referirse a la experiencia alemana del periodo de entreguerras, una opción que suponía dejar de referirse al movimiento y régimen hitlerianos como *fascismo*. Mason apuntaba algunos factores que podían ayudar a explicar el progresivo deterioro de un paradigma que gozó de extraordinario prestigio en la cultura política de los sesenta. Tales factores aludían a carencias empíricas -la cuestión de la historia económica del periodo de entreguerras- y a problemas de conceptualización -el papel de la historia de la mujer o el encaje del holocausto en las propuestas de explicación desde el marxismo. Después de una dilatada experiencia investigadora que se caracterizó precisamente por el equilibrio entre el análisis de fuentes documentales y un riguroso esfuerzo de síntesis teórica, la tardía preocupación de Tim Mason ejemplificaba la incomodidad de una corriente de historiadores dedicados al estudio del nazismo, pero cuya formación ideológica les sugería la necesidad de integrar su trabajo en el estudio comparativo del fascismo genérico. En cualquier caso, la reflexión iniciada en «Whatever...» obedecía al reconocimiento de un punto débil que recorría su trabajo y el de sus colegas más afines: haber dado por supuesto el parentesco de los movimientos y regímenes fascistas, pero realizar una práctica reductiva cuyo resultado explícito era el aislamiento del nazismo. Hecho éste tanto más lamentable por cuanto procedía de profesionales ajenos a los modelos lineales propios de la tradición de la Tercera Internacional.

¹ MASON, T., «Whatever happened to 'fascism'», en CHILDERS, Th. y CAPLAN, J. (eds.), *Reevaluating the Third Reich*, Nueva York, 1993, pp. 253-262. Posteriormente, el texto apareció en la selección de artículos del mismo autor publicada con el título de *Nazism, Fascism and the Working Class*, Oxford, 1995, pp. 323-331. También ha aparecido una versión en catalán, en el número monográfico de la revista *Afers*, de 1996, dedicada a «Repensar el feixisme», pp. 475-484.

No me propongo recorrer de nuevo el muy transitado debate sobre el fascismo o los fascismos, así como las sucesivas asunciones y rechazos del nazismo como fascismo. Existen ya excelentes guías historiográficas para asumir una correcta periodización y distribución por afinidades metodológicas de las investigaciones realizadas desde la aparición misma del fenómeno. Mi propuesta trata de establecer cuáles son los factores que permiten una lectura del nazismo que, teniendo en cuenta sus aspectos particulares, no excluyan una fijación teórica del fascismo que contemple el nazismo como su referencia alemana.

No obstante, quisiera resaltar la utilidad que han tenido algunas propuestas de análisis que, estableciendo la diferencia sustancial entre nazismo y fascismo, han potenciado ciertos aspectos descuidados por la tradición académica. Zeev Sternhell ha publicado una serie de trabajos muy provocadores sobre el fascismo francés². Además de incitar una dura y sana polémica en esa Francia que René Rémond invistió de impermeabilidad al fenómeno³, señalando los orígenes franceses de las sucesivas rupturas y síntesis culturales que dieron paso al fascismo, han servido para destacar el peso de la *ideología*, en un ambiente que parecía asumir una definición del fascismo en términos de falta de principios. Sternhell nos ha mostrado los factores *positivos* de una cultura que aparece antes del programa y el movimiento propiamente dichos. De hecho, a Sternhell le preocupa tan sólo ese aspecto ideológico, considerando que la práctica del fascismo y su conversión en régimen imprimieron concesiones estratégicas a su cultura que acabaron por desvirtuarla. Su espléndida visión de la crisis intelectual de fines del XIX, así como la penetración de la cultura fascista en las propuestas de rectificación de la Tercera República dibujan un esbozo muy renovador de lo que Ph. Burrin ha llamado los «campos magnéticos» del fascismo⁴, desterrando una clasificación excesivamente limitada como la que ha primado en los medios académicos galos. Y, más allá del exceso que supone la interpretación del fascismo como una síntesis entre el nacionalismo y la revisión del marxismo desde ciertas posiciones antipositivistas y vitalistas existentes en el movimiento obrero, creo que esa fijación en las rupturas ideológicas de final del siglo XIX tiene suma importancia después de tantos años y textos que caracterizaban el fascismo como cualquier cosa menos una corriente de pensamiento, lo cual derivaba en serias dificultades para detectar su naturaleza. La debilidad de la argumentación de Sternhell reside, más bien, en su propia voluntad de autolimitarse después de haber sido tan generoso en la asignación de comunes denominadores fascistas en la cultura francesa. Al señalar la diferencia de naturaleza entre fascismo y nazismo, sus hipótesis quedan atenazadas por un análisis resignado al juego de los conflictos ideológicos y extraño a las

² Maurice Barrés et le nationalisme français, Paris, 1972; *La droite révolutionnaire*, Paris, 1978; *Ni droite, ni gauche*, Paris, 1983.

³ REMOND, R., *La droite en France*, Paris, 1954. Véase una nueva edición con el título de *Les droites en France*, Paris, 1982, en especial los capítulos X y XI, dedicados a las ligas y a Vichy. La reacción a las tesis de Sternhell puede seguirse en la excelente monografía de MILZA, Pierre, *Fascisme français, passé et présent*, Paris, 1987, pp. 11-59.

⁴ BURRIN, Ph., *La dérive fasciste*, Paris, 1986.

dinámicas de confrontación social. Tal desinterés por la práctica, por las tensiones del *movimiento* y del *gobierno* fascistas parecen compensar un análisis tradicionalmente extraño a la existencia de una ideología fascista y sujeto con terquedad metodológica al mero análisis de los acontecimientos.

La posición de Renzo de Felice, que despertó cierta indignación en una historiografía formada en el culto del antifascismo, niega también el parentesco entre fascismo italiano y nazismo alemán, reservando a este último características totalitarias que el biógrafo de Mussolini sólo reconoce en el tramo final de la experiencia italiana⁵. Al haber destacado la endebles de la oposición al régimen y, por tanto, el vigor del *consenso*, Felice atestigua los excesos de una historiografía comprometida con la Resistencia, cuya vinculación moral con las víctimas del fascismo pudo conducir a negarle a éste el asentimiento de buena parte de la población. El efecto secundario de esta historiografía no era sólo elevar la estatura de la oposición hasta unos niveles que harían difícil explicar la supervivencia del sistema político. Implicó, también, hacer del fascismo una mera opción de interés material a corto plazo por parte de las clases dirigentes o el producto de un nihilismo situacionista por parte de los sectores subalternos: un ensamblaje malévolo de instrumentalización consciente de los poderosos y desesperación de los excluidos, cuya característica sería la carencia de elementos positivos de formación ideológica y, por tanto, la seguridad de que el fascismo no se identificaba con los valores de sector social alguno, más allá de las tensiones coyunturales que fue capaz de manipular. Como indica Emilio Gentile en la introducción a la nueva edición de su texto clásico sobre los orígenes de la ideología fascista, «entre los estudiosos dominaba la convicción apenas contrastada de que el fascismo no había tenido una verdadera ideología: es decir, que había sido un movimiento sin una visión propia de la vida y de la política, sin un proyecto de organización de la sociedad y del Estado»⁶, algo que provocó la indignación de científicos dedicados precisamente a rastrear las señas de identidad ideológica del fascismo, como Pier Giorgio Zunino, aquellos que, como Paolo Pombeni han estudiado la complejidad de las opciones organizativas del movimiento fascista, vinculadas a una concepción concreta de lo político-ideológico o quienes han detectado en los rituales fascistas algo más que una opción exclusivamente estética,

⁵ Véanse, fundamentalmente, su monumental biografía de Mussolini, convertida en una verdadera historia del fascismo: *Mussolini il rivoluzionario*, Turín, 1965; *Mussolini il fascista. La conquista del potere, 1921-1925*, Turín, 1966; *Mussolini il fascista. L'organizzazione dello Stato fascista, 1925-1929*, Turín, 1968; *Mussolini il duce. Gli anni del consenso, 1929-1936*, Turín, 1974; *Mussolini il duce. Lo Stato totalitario, 1936-1940*, Turín, 1981; *Mussolini l'alleato. L'Italia in guerra, 1940-1943. Dalla guerra «breve» alla guerra lunga*, Turín, 1990; *Mussolini l'alleato. L'Italia in guerra, 1940-1943. Crisi e agonia del regime*, Turín, 1990; *Mussolini l'alleato. La guerra civile, 1943-1945*, Turín, 1997. Su posición en favor de una interpretación favorable al consenso y contraria a la magnificación de la resistencia, en la *Intervista sul fascismo*, a cargo de LEDEEN, Michael A., Bari, 1975. También su *Il fascismo. Le interpretazioni dei contemporanei e degli storici*, Bari, 1970.

⁶ GENTILE, E., *Le origini dell'ideologia fascista*, Bolonia, edición de 1996, con una nueva introducción, pp. 4-5.

como Emilio Gentile⁷. Lo cual viene a conectar con las carencias que Sternhell denunciaba en sus estudios sobre la cultura de la «derecha revolucionaria» en Francia. Es cierto que De Felice puede resultar insatisfactorio en el uso casi exclusivo de la literatura fascista, así como en la confusión entre *consenso activo* y *conformidad*, que él mismo llega a apuntar en los problemas de creación de una clase dirigente alternativa, tal como la deseaban los revisionistas de *Crítica Fascista* y, de un modo muy distinto, los fascistizadores del Estado como Farinacci, dando lugar a esa profunda frustración juvenil que Vito Pannunzio ha llamado *Il secondo fascismo*⁸. A esta insatisfacción deberíamos añadir la que procede de su despreocupación por la cuestión racial, a pesar de haber dedicado un estudio específico al antisemitismo del fascismo italiano⁹. Por otro lado, su fijación en el racismo antisemita pasa de puntillas sobre los fundamentos raciales de la política imperialista, en especial en lo que hace referencia a Abisinia, que otros autores han recalcado precisamente como elemento de vinculación con la ideología nazi¹⁰. Aun cuando todo ello haya sido interpretado como la defensa de un fascismo *blando* en oposición al *totalitarismo racial* nazi, considero que su aportación nos ayuda a centrar esa percepción positiva, que permite que segmentos concretos de la población reconozcan la defensa de su posición, de sus valores y de sus aspiraciones.

La especificidad del nazismo se expresó en su forma radical durante la segunda guerra mundial, en obras de combate como las de Robert Gilbert Vansittart, a las que se añadieron, inmediatamente después de concluirse la contienda, las aportaciones de los historiadores Friedrich Meinecke y Gerhard Ritter, verdaderos iniciadores de la tesis del *Sonderweg*¹¹. Tal propuesta, incluso sin vincularse a la conexión del nazismo con las raíces de la historia alemana, ha tenido continuidad en una historiografía que señala la originalidad del régimen hitleriano, negándole parentesco con otros movimientos por su sustancia racista, que en modo alguna vertebraría el discurso del fascismo. Dicha reducción del nazismo a su proyecto racial ha tenido aportaciones numerosas, pero quisiera resaltar la argumentación de otro historiador desaparecido prematuramente, aun cuando dejara tras él una abundante y diversa labor de investigación: Detlev Peukert. En la que debía ser una de sus últimas aportaciones - y el inicio de una línea de reflexión truncada-, Peukert profundizaba algunos aspectos que ya podían detectarse en su brillante estudio sobre la dinámica *Volksgenossen*

⁷ ZUNINO, P.G., *L'ideologia del fascismo*, Bolonia, 1985; POMBENI, P., *Demagogia e tirannide. Uno studio sulla forma-partito del fascismo*, Bolonia, 1984; GENTILE, E., *Il culto del littorio*, Bari, 1994.

⁸ PANUNZIO, V., *Il «secondo fascismo», 1936-1943. La reazione della nuova generazione alla crisi del movimento e del regime*, Milán, 1988.

⁹ DE FELICE, R., *Storia degli Ebrei italiani sotto il fascismo*, Turin, 1961.

¹⁰ En especial, CASALI, L.; *Fascismi. Partito, società e stato nei documenti del fascismo, del nazionalsocialismo e del franchismo*, Bolonia, 1995, pp. 26 y ss.

¹¹ VANSITTART, R.G., *Black Record. German Past and Present*, Londres, 1941. MEINECKE, F., *Die deutsche Katastrophe*, Weisbaden, 1946; RITTER, G., *Europa und die deutsche Frage. Betrachtungen über die geschichtliche Eigenart des deutschen Staatsdenkens*, Munich, 1948.

frente a *Gemeinschaftsfremde*¹². Su ponencia en la Conferencia de Pensilvania de 1988¹³ trataba de relacionar ciertas tendencias del estamento científico y las instituciones vinculadas a la asistencia social anteriores al Tercer Reich con la ideología nazi. Ello conducía a la separación del nazismo, en tanto que biologismo político, de la familia fascista. Pero lo introducía en otro núcleo de parentesco: el de un presunto «progresismo» eugenésico, existente en otros países, que podía derivar en un apoyo entusiasta a un movimiento y un Estado cuyas propuestas ofrecieran un campo de experimentación libre para la mejora de la especie. Tal caracterización superaba la reducción del proyecto racial al antisemitismo -lo cual le fue criticado a Peukert en el seno de la Conferencia de Pensilvania-, pero permitía entender los factores no sólo de *racionalidad de la barbarie*, sino incluso de respetabilidad científica que podía hallarse en un proyecto habitualmente caracterizado como patológico.

Tales son las aportaciones individualizadoras del fascismo que me parecen de utilidad, aun cuando no coincidan con mi impresión de que el movimiento y el régimen hitlerianos pudieron existir en la medida en que asumieron las características genéricas del fascismo. Debe señalarse que mis objeciones metodológicas no se refieren, naturalmente, a quienes establezcan una serie de tonalidades distintas en los fascismos, procedentes de culturas políticas diversas. Sólo pretendo indicar mi desacuerdo con quienes consideran que el nazismo tiene una naturaleza que nada tiene que ver -salvo la coincidencia cronológica y determinadas alianzas diplomáticas- con el fascismo. No estoy seguro de que esta última postura haya sido la más frecuente, pero sí creo que ha disfrutado de mayor visibilidad, beneficiándose de las propias vicisitudes de la cultura política de Europa Occidental y los Estados Unidos. Unas vicisitudes cuyo efecto más penoso fue desarbolar el potencial de análisis que residía en las teorías del totalitarismo. Pienso, en cualquier caso, que el historiador de fines de siglo habría de preguntarse seriamente cuál es el efecto social -incluso en términos divulgativos- de separar fascismo y nazismo. Y hacerlo partiendo de una evidencia: lo que podríamos llamar «antifascismo primario» procede de la extraordinaria difusión mediática de los horrores de los campos de exterminio nazis. Hecho que la llamada historiografía «revisionista» ha entendido perfectamente, desde los ensayos pioneros de Bardèche y Rassinier¹⁴: si el exterminio de los «individuos sin valor» no procedía de una planificación, sino que era el resultado de las penalidades de la guerra, verificables en cualquiera de los bandos en conflicto, ese antifascismo popular, educado en una relación de causa/efecto entre el proyecto nazi y los diversos holocaustos, perdería un referente indispensable para desarrollar su indignación

¹² PEUKERT, D., *Volksgenossen und Gemeinschaftsfremde -Anpassung, Ausmerze, Aufbegehren unter dem National socialismus*, Colonia, 1982.

¹³ PEUKERT, D., «The Genesis of the 'Final Solution' from the Spirit of Science», en CHILDERS, Th. y CAPLAN, J. (eds.), *op. cit.*, pp. 234-252.

¹⁴ Sobre el nacimiento del revisionismo, véase la obra de BRAYARD, F., *Comment l'idée vint à M. Rassinier*, Paris, 1996. Existe alguna obra de utilidad en español, como las de VIDAL, C., *La revisión del Holocausto*, Madrid, 1994, o de VIDAL-NAQUET, P., *Los asesinos de la memoria*, Madrid, 1994.

moral y su capacidad movilizadora. La distinción radical entre nazismo y fascismo, a continuación, permitiría una lectura benévola de este último, que derivaría de la ignorancia de su naturaleza estricta: es decir, el proyecto más perfeccionado de un régimen basado en la inversión de los valores que son considerados esenciales en las relaciones entre los seres humanos desde la Ilustración y, sobre todo, desde las sucesivas ampliaciones de sus principios al calor de los movimientos democráticos.

Es obvio que la responsabilidad del historiador deriva de su compromiso con los hechos reales y con el esfuerzo para dar racionalidad a su desarrollo, no de la voluntad de ajustarlos a la permanencia de una cultura política determinada, procediendo a una interesada vulneración de lo que sucedió y de sus motivaciones. Los esfuerzos de «historización» del fascismo y del nazismo, tal y como los han planteado, por ejemplo, Renzo De Felice o Martin Broszat, no deberían implicar acercarse a este fenómeno con la misma frialdad moral y política con la que un historiador se acerca a las vicisitudes de Enrique II de Trastámara. Resulta una curiosa definición del oficio de historiador pedir a quien actúa como ciudadano en el siglo XX, que relaje la tensión ética de sus estudios cuando está tratando de propuestas políticas que tienen su continuidad en nuestro tiempo y su justificación en la revisión de su propio pasado. Cuando el desaparecido François Furet reprochaba a sus colegas que no se pudiera discutir de la revolución francesa como podía hablarse de los merovingios¹⁵, deseaba ignorar el campo de relaciones que establecen los seres humanos con su propia experiencia colectiva, en cuya memoria pretenden hallar indicios de respuestas para los problemas presentes. Naturalmente, a un ciudadano francés le resulta más importante definir su posición sobre el Terror revolucionario del jacobinismo que sobre la política matrimonial de Clodoveo. Y situar las cosas en un terreno de indiferencia ante los problemas actuales, de profilaxis de científico ajeno a ciertas continuidades que afectan al discurso histórico me parece simplemente insensato y, por lo demás, de escaso rigor profesional. Dado que acontecimientos recientes han permitido reblandecer la demonización popular del fascismo, en la medida en que se han roto los fundamentos materiales de la cultura de 1945, podríamos sentirnos inclinados a restaurar dicho patrimonio a cualquier precio, incluyendo en este caso la simplificación del fascismo. Esta deformación ha acotado el paisaje de los acontecimientos ocurridos en Alemania entre 1933 y 1945 bajo el estigma de un paréntesis moral de la historia de la civilización, una especie de enloquecimiento nacional inexplicable que convertiría el nazismo en un objeto arrojado desde el paraíso de la historia de las ideas al infierno de las patologías colectivas. Las aparentes ventajas *políticas* de esta posición se desvanecen cuando tratamos de hallar utilidad científica a este planteamiento. En la medida en que perdemos la posibilidad de hallar los instrumentos indispensables para nuestra reflexión -la líneas de causalidad, la racionalidad de las conductas, la complicidad y responsabilidad de los sujetos sociales concretos, la percepción positiva de buena parte de los contemporáneos, la rentabi-

¹⁵ FURET, F., *Pensar la revolución francesa*, Barcelona, 1980, p. 11.

lidad de las desigualdades radicales, etc.- no sólo se pierden elementos para la comprensión del fenómeno en el ámbito estricto de la historia: también se debilita la capacidad política para dar respuesta a la adaptación de la cultura fascista a las circunstancias de fines de milenio.

Puesto que la distinción radical entre nazismo y fascismo suele basarse en el carácter exterior del primero, mientras se aceptan las vinculaciones del caso italiano con otras derechas radicales, la revisión de la naturaleza del nazismo es el paso fundamental para considerar su pertenencia a la misma familia social e ideológica. Sin desdeñar las posibilidades que ofrece el examen de la *nazificación* del fascismo europeo durante la segunda guerra mundial, el restablecimiento de la identidad de un fascismo genérico que integre la experiencia alemana ha de pasar por un examen del movimiento hitleriano.

El carácter específico del movimiento hitleriano se presenta como la construcción de un Estado racial, la aplicación a la política de un proyecto biológico que bebía en las fuentes del racismo del siglo XIX, pero también en las tendencias eugenésicas que habría de tentar a científicos sociales del ámbito liberal¹⁶. El peligro básico de aportaciones reducidas a este nivel de análisis parece tener un doble filo: al negarle al nazismo su pertenencia a la familia fascista, se empieza un proceso intelectual cuya lógica endiablada sólo nos permitirá referirnos a la experiencia italiana con aquel concepto. Además, nuestra percepción del nacionalsocialismo -y de otras cosas, como la crisis de la democracia de Weimar- quedará lastrada por este divorcio, imposibilitándonos una comprensión adecuada de las *razones* de fondo de la historia alemana en los años 20-40. Lo cual, para quien la explica sólo desde aproximaciones a la paranoia de un líder carismático, a la perversidad de su entorno y a conexiones freudianas entre la élite y la masa, puede resultar del todo innecesario. La clarificación del problema no resulta sencilla, pues pocos fenómenos políticos existen en el siglo XX que hayan dado lugar a una literatura tan amplia y, sobre todo, a detectar sospechas de complicidad en cualquier matización que se hace al modelo oficial: complicidad con el nazismo en unos casos, o complicidad con el totalitarismo en general en otros. Pero tal incomodidad no procede sólo de la necesidad de preservar la «inocencia» del historiador frente a las sospechas que se abalanzan sobre su trabajo. Remite, en primer lugar, a la propia complejidad del objeto de estudio que presenta esa capacidad de aparentar ser muchas cosas al mismo tiempo.

Al señalar que el nazismo es fundamentalmente un proyecto racial, cuyo objetivo es la construcción de una comunidad en la que se esclavizará a pueblos inferiores y se aniquilará a determinadas etnias, se está diciendo algo rigurosamente cierto. Al indicar que todos los demás aspectos de sus propuestas políticas son secundarios y se subordinan a este objetivo, se expresa la verdad. Pero no toda ella.

¹⁶ El texto de mayor calidad en la reciente historiografía sobre el nazismo como régimen racial es, a mi juicio, el de BURLEIGH, M. y WIPPERMANN, W., *The Racial State: Germany, 1933-1945*, Cambridge, 1991.

Lo que podríamos llamar el núcleo duro del nazismo es ese proyecto de Estado racial, continuador de la vieja ideología *völkisch* sobre la que los primeros cuadros del NSDAP construyen su horizonte político¹⁷. El nazismo no se alimentó, a diferencia del fascismo italiano, de viejos heterodoxos de ideologías revolucionarias, sometidos a la tensión situacionista de la Gran Guerra, sino de fanáticos divulgadores del viejo pangermanismo antisemita, edulcorados con concesiones populistas a una clase media aterrorizada por los efectos del primer gran conflicto europeo, especialmente las condiciones concretas de destrucción del Imperio y surgimiento del nuevo orden republicano. La función del nazismo sería, más bien, la de vincular las propuestas de los cenáculos racistas con una reacción patriótica cuyo primer eslabón serían los *Freikorps*, aspecto que permitió dotar de una primera base de masas a un discurso reducido a sociedades semiclandestinas, con fuerte contenido esotérico¹⁸.

Ahora bien, el horizonte de subsumir los antagonismos de clase en una gran comunidad popular -*Volksgemeinschaft*- sin fisuras internas, organizada jerárquicamente, donde las diferencias procedan de la desigualdad marcada por la naturaleza: en definitiva, ese gran proyecto de sociedad orgánica superadora de los mitos de la Ilustración -ampliados por el democratismo y el marxismo del siglo XIX y llevados al poder por la revolución soviética en el siglo XX-, corresponde a una cultura contrarrevolucionaria que, en la sociedad de masas de comienzos del siglo XX, se identifica con el fascismo. Por otro lado, mientras el nacionalsocialismo fue presentado en los límites estrictos de la cultura racista, es decir, cuando la sociedad alemana lo percibió *exclusivamente* en el marco de las viejas doctrinas ariosóficas, su espacio de crecimiento resultó insignificante. Recordemos que, en 1924, los éxitos electorales del nazismo en Baviera obedecieron a una peculiar situación de crisis y al hecho de que el nazismo se presentaba en un frente común con muy diversas organizaciones patrióticas. En 1928, cuando el NSDAP se impuso a sus competidores en el ambiente social-racista, sólo alcanzó la condición de un partido marginal, con 800.000 votos que lo situaban por debajo de partidos regionales o representantes de intereses corporativos concretos¹⁹.

Lo que convirtió al nazismo en un fenómeno de masas entre 1928 y 1932,

¹⁷ Para la conexión de la ideología nazi con el pensamiento *völkisch*, véase HERMAND, J., *Old dreams of a new Reich. Volkish utopias and National Socialism*, Bloomington, 1992.

¹⁸ Sobre los inicios del NSDAP, véase el libro clásico de MASER, W., *Die Frühgeschichte der NSDAP. Hitlers Weg bis 1924*, Frankfurt, 1965; sobre la evolución de la conciencia de liderazgo de Hitler, TYRELL, A., *Vom «Trommler» zum «Führer»*. *Der Wandel von Hitlers Selbstverständnis zwischen 1919 und 1924 und die Entwicklung der NSDAP*, Munich, 1975; sobre los *Freikorps*, véase WAITE, R., *Vanguard of nazism. The Free Corps Movement in postwar Germany, 1918-1922*, Cambridge, 1952, o DIEHL, J.M., *Paramilitary Politics in Weimar Germany*, Bloomington, 1977; acerca de las relaciones entre el nazismo y los grupos ariosóficos, véase GOODRICK-CLARKE, N., *The occult roots of nazism*, Wellingborough, 1985.

¹⁹ Un buen texto para seguir la evolución electoral del NSDAP es el de CHILDERS, Th., *The nazi voter. The social foundations of nazism in Germany, 1919-1933*, Chapel Hill, 1983. Tiene menor interés, aunque puede resultar complementario, el libro de HAMILTON, R., *Who voted for Hitler?*, Princeton, 1982.

permitiéndole alcanzar los 13,7 millones de votos, no puede interpretarse seriamente como resultado de la conversión a un proyecto de Estado racial, con objetivos abiertamente genocidas, de millones de hombres y mujeres desesperados por la Gran Depresión. Aunque así ha solido explicarse, dando como resultado la incomprensión de la cultura política en la República de Weimar y las causas profundas de la ascensión del nazismo. Creo que el nacionalsocialismo pudo obtener un resultado tan brillante a partir de 1930 gracias a las condiciones de la crisis de legitimidad que cayó sobre la República en torno a la Gran Depresión. Pero pudo hacerlo convirtiéndose en un movimiento fascista de masas, es decir, en un movimiento contrarrevolucionario cuyos objetivos, alianzas de clase, promesas y percepción por el electorado eran similares a los que ofrecían el resto de organizaciones fascistas europeas y, en especial, la que había ofrecido el fascismo italiano en el *dopoguerra*²⁰.

Analistas diversos han señalado hasta qué punto los aspectos sustanciales de la propaganda nazi -es decir, *aquello que era percibido como fundamental* por la población- no era tanto el espíritu racista, ni siquiera un antisemitismo que fuera más allá de cierta instrumentalización economicista, sino los aspectos más cercanos a una cultura contrarrevolucionaria al servicio de la clase media, contra el poder de los partidos y sindicatos de la izquierda, contra la debilidad del régimen liberal-democrático, acompañado de un cierto «socialismo» defensor de la pequeña propiedad y del status del *Mittelstand*²¹. Los factores «duros» y, sin duda, sustanciales en el pensamiento de Hitler: el proyecto racial-genocida, sólo eran percibidos y presentados en los mismos términos en que lo hacía cualquier fascismo, es decir, como una revisión del orden internacional que beneficiara a la comunidad. Naturalmente, pocos historiadores podrán negar que el imperialismo sea un factor identificador de la ideología fascista, y que éste haya servido no sólo para fundamentar un proyecto muy racional de apropiación de recursos ajenos, sino para llevar hacia fuera los antagonismos y las fisuras abiertas en la *Volksgemeinschaft*.

Creo que la distinción entre el proyecto nuclear del equipo dirigente del nazismo -y, en especial, del que se mueve en torno a las SS- y la percepción del discurso nazi por la Alemania de los años de Weimar puede explicar el apoyo masivo

²⁰ Sobre la estrategia del NSDAP en el Kampfzeit, véanse ORLOW, D., *The history of the Nazi Party, 1919-1933*, Pittsburgh, 1969; BROZAT, M., *Hitler and the collapse of Weimar Germany*, Oxford, 1987, y FISCHER, C., *The rise of the nazis*, Manchester, 1995, así como los trabajos editados por CHILDERS, Th., *The formation of the nazi constituency, 1919-1933*, Londres, 1986, o por STACHURA, P., *The Nazi Machtergreifung*, Londres, 1983. He hecho algunas propuestas de reflexión en mi artículo «El partido nazi en los años centrales de la República de Weimar (1925-1930). Un comentario crítico», *Investigaciones Históricas*, nº 16, 1996, pp. 223-238.

²¹ GORDON, S., *Hitler, the Germans and the Jewish question*, Princeton, 1984; KERSHAW, I., «Ideology, propaganda and the rise of the Nazi Party», en STACHURA, P. (ed.), *op. cit.*, pp. 162-181. Martin Broszat apunta en la misma dirección en su prólogo a la edición francesa de *L'Etat hitlérien. L'origine et l'évolution des structures du troisième Reich*, Paris, 1985. También resulta aleccionadora la célebre «encuesta Abel», realizada en 1934 y cuyos resultados pueden verse en la edición de ABEL, Th., *Why Hitler came to power?*, Cambridge, Mass., 1986.

de sectores populares de la clase media, de campesinos y de determinadas franjas de obreros. Un apoyo que difícilmente se habría dado a una explícita presentación de un proyecto estrictamente racial-antisemita. Lo que se votó en 1932, por tanto, fue una salida no democrática a la crisis de 1929, que implicaba la liquidación de los sindicatos y los partidos obreros, la destrucción de la cultura política liberal-democrática y su sustitución por la Comunidad Popular organizada de acuerdo con las leyes de la Naturaleza, o de la «vida de la especie» si se quiere utilizar el lenguaje del momento. Y ello nos permite situar el nazismo en su lugar, sin abandonar el paradigma del fascismo para referirnos a la experiencia alemana²².

La conquista del poder por el nazismo (*Machtergreifung*) fue acompañada de una recuperación económica notable, que afectó especialmente a los sectores más castigados por la crisis de comienzos de la década: el sector de la construcción y el de la industria pesada²³. Durante los primeros cinco años de gestión nazi, tales sectores no hicieron más que absorber -bajo la protección del régimen, pero también obedeciendo a una lógica del mercado- a millones de desempleados. Para 1937-38, la recuperación se había completado y el nazismo había ganado la importante batalla psicológica contra el desempleo, sin duda aquel aspecto de la crisis del 29 que decidió el hundimiento de la República de Weimar. ¿Puede decirse que en estos años el régimen se caracterizara por la aplicación de su programa racial, por una persecución *sistemática y masiva* de las minorías raciales y, en especial, de la judía? ¿Puede hablarse de una utilización racional de recursos de «mano de obra esclava» recluida en los campos de concentración como consecuencia de una *política racial*? Si el carácter original del nazismo es la prioridad de sus objetivos raciales, no resultaría sencillo justificar dicha tesis sobre una realidad social cuyo funcionamiento básico, material, no derivaba directamente de la aplicación sistemática de tales principios²⁴.

Considero que es ésta una falsa paradoja, que procede de establecer la

²² La literatura sobre los últimos años de la República de Weimar y el ascenso del nazismo es ingente. Sólo cabe citar aquí alguna síntesis de utilidad, como la obra pionera de BRACHER, K.D., *Die Auflösung der Weimarer Republik*, Villingen, 1955; el conjunto de trabajos editado por WINKLER, H.A., con el título de *Die deutsche Staatskrise, 1930-1933*, Munich 1992; y la pequeña pero brillante monografía de JASPER, G., *Die gescheiterte Zähmung. Wege zur Machtergreifung Hitlers 1930-1934*, Frankfurt, 1986.

²³ Sobre el «milagro económico» alemán y sus consecuencias sociales, citemos sólo las aportaciones fundamentales de OVERY, R., *The Nazi economic recovery, 1932-1938*, Londres, 1982, y *War and economy in the Third Reich*, Oxford, 1994; JAMES, H., *The German Slump. Politics and economics, 1924-1936*, Nueva York, 1986; MASON, T., *Social policy in the Third Reich. The working class and the «National Community»*, Oxford, 1993; PETZINA, D., *Autarkiepolitik im Dritten Reich. Der nationalsozialistische Vierjahresplan*, Stuttgart, 1968; BARKAI, A., *Nazi economics. Ideology, theory, and policy*, Oxford, 1990. En torno a las relaciones industriales o a la cuestión agraria, son recomendables, respectivamente, HACHTMANN, R., *Industriearbeit im «Dritten Reich». Untersuchungen zu den Lohn- und Arbeitsbedingungen in Deutschland 1933-1945*, Göttingen, 1989, y CORNI, G., *Hitler and the peasants*, Oxford, 1990.

²⁴ La gradación de la política antisemita del régimen nazi está bien recogida en GRAMML, H., *Antisemitism in the Third Reich*, Oxford, 1992, siguiendo las fases de reversión de la emancipación, aislamiento, expropiación y aproximación al genocidio. Gramml considera que la política antisemita era sustancial, y que sólo resultaba condicionada por la mayor o menor fortaleza del régimen.

incompatibilidad entre el carácter *sustancialmente imperial-racista* del nazismo y su adscripción a la familia fascista. Precisamente en el rechazo de tal incompatibilidad creo que se halla la solución a un aparente callejón sin salida metodológico. Examinemos de cerca la propia dinámica del régimen, y ello en dos sentidos distintos y complementarios. En primer lugar, el que se refiere a las bases de su política económica. El nazismo había ofrecido a la gran coalición de derecha radical que lo apoyó la liquidación de las organizaciones de resistencia de la clase obrera. En definitiva, la destrucción del gran pacto social de 1918-19, al que se achacaba la responsabilidad de las dificultades alemanas para salir de la crisis de comienzos de la década. Para el nazismo, además de su incapacidad ideológica para pensar en términos de antagonismos de clase²⁵, la preocupación fundamental era que la industria estuviera en condiciones de asegurar un proceso de rearme a través del cual se cumplieran los objetivos de política exterior *-imperialista y racista-* de la vieja élite nazi. Tal coincidencia permitió una sobreexplotación de la clase obrera, carente de organismos de autodefensa, que puede seguirse en la prolongación de jornadas laborales y en el mantenimiento de los salarios reales en 1937 por encima de los de 1932, pero por debajo de los adquiridos en los años previos a la crisis de 1929.

Una de las tesis más sugestivas acerca de las relaciones sociales bajo el nazismo sugiere cómo el pleno empleo, con el que el Tercer Reich parecía satisfacer las promesas hechas al pueblo alemán en 1932-33, creaba un escenario totalmente nuevo en los márgenes de una lógica de mercado: la capacidad de la clase obrera para recortar su nivel de explotación, cambiando su empleo por otros mejor remunerados o, con tal amenaza, conseguir mayores salarios en el mismo puesto de trabajo²⁶. Los objetivos *imperialistas y racistas* de la élite nazi sólo podían adquirirse mediante una política exterior que precisaba una concentración del esfuerzo económico en la industria pesada. La mejora de las condiciones de la clase obrera introducía factores como mayor consumo, desarrollo de industrias ligeras al que acudía la mano de obra, tensiones inflacionarias, empleo de las reservas de divisas para comprar productos de lujo..., es decir, una *asignación de recursos* por la lógica del mercado que no obedecía a la lógica de la política exterior nacionalsocialista.

Junto a las bases económicas del régimen, e indispensable para entender el bloqueo de una salida en los límites estrictos de la economía, se encuentra la *debilidad*

²⁵ Una reflexión excelente sobre el «aclasismo» de la ideología nazi puede verse en KRATZENBERG, V., *Arbeiter auf dem Weg zu Hitler? Die nationalsozialistische Betriebszellen-Organisation. Ihre Entstehung, ihre Programmatik, ihr Scheitern, 1927-1934*, Frankfurt, 1989, especialmente pp. 23-31.

²⁶ MASON, T., «Innere Krise und Angriffskrieg 1938/1939», en FROSTMEIER, F. y VOLKMANN, H.E. (eds.), *Wirtschaft und Rüstung am Vorabend des Zweiten Weltkriegs*, Düsseldorf, 1974, pp. 322-351. Las críticas a esta tesis fueron contestadas por el mismo Mason en uno de sus últimos trabajos, su comunicación en la Conferencia de Pensilvania, «The domestic dynamics of nazi conquests: A response to critics», en CHILDERS, Th. y CAPLAN, J., *op. cit.*, pp. 161-189. Una respuesta específica a las críticas de OVERY, R., formuladas en 1987 en *Past and Present* con el título de «Germany, 'domestic crisis' and war in 1939», fue publicada en la misma revista: «Debate. Germany, 'Domestic crisis' and war in 1939. Comment 2», 1989, pp. 205-221.

de la dictadura. Debilidad en el sentido de los problemas de identificación del Partido con el Estado, de la coordinación de los diversos órganos del Partido entre sí, de la autonomía del Estado con respecto a los intereses de las élites industriales. Es decir, el debate abierto entre los historiadores sobre la *poliarquía* del régimen nazi, tal y como empezó a definirlo la obra de Martin Broszat²⁷. La lógica de la actuación del régimen es inseparable, por ejemplo, de las luchas entre organismos diversos del Partido para ocupar espacios de poder en favor de su propia clientela, y de esfuerzos inútiles de la burocracia estatal para imponer la lógica de un interés general, sometido a los objetivos de la política exterior marcados en los orígenes del movimiento hitleriano. La lucha del Frente Alemán del Trabajo (DAF) para obtener campos de actividad mayores, a expensas de la voluntad del Ministerio de Trabajo, del Ministerio de Economía o de organismos del Partido y del Estado al mismo tiempo como las SS, es un buen ejemplo de ello²⁸. Una lucha en la que el propio Hitler intervenía a disgusto, por su propia visión de dirigente-equilibrador de tensiones en el seno del Estado y del Partido.

Además, las propuestas del DAF de mejorar las condiciones de los obreros contravenían las necesidades objetivas de la economía de guerra. Y ello en la línea en que lo veían los grandes industriales interesados en un proyecto imperialista, los técnicos del Ministerio de Economía atentos a los desequilibrios que podrían derivarse de tal mejora, *pero también* la élite de las SS, cuya razón de ser era el cumplimiento del objetivo imperial-racista que daba sentido al régimen, subordinando cualquier otro aspecto de la situación social a la obtención de una Comunidad Racial dominante sobre pueblos inferiores, objetivo que sólo podría lograrse a través de la guerra y, por consiguiente, del sacrificio de todas las magnitudes económicas a su preparación. En el cruce de estas líneas de fuerza, Hitler había de comprender las dificultades para basar su proyecto expansivo en unas condiciones de vida intolerables para los trabajadores, condiciones *que ya no obedecían a la lógica del mercado*,

²⁷ El debate puede seguirse, por ejemplo, en FUNKE, M. (ed.), *Hitler, Deutschland und die Mächte*, Düsseldorf, 1977, o en HIRSCHFELD, G. y KETTENACKER, L. (eds.), *The «Führer State». Myth and reality. Studies on the politics and structure of the Third Reich*, Stuttgart, 1981. El texto de BROSZAT, M., al que hago referencia es el citado en nota 21.

²⁸ Sobre el funcionamiento del DAF y sus dificultades para ajustarse a las necesidades de la industrialización acelerada, véase FRESE, M., *Betriebspolitik im «Dritten Reich». Deutsche Arbeitsfront, Unternehmer und Staatsbürokratie in der westdeutschen Grossindustrie 1933-1939*, Paderborn, 1991: algunos datos de interés pueden hallarse en la biografía del líder del DAF, escrita por SMELSER, Robert, *Robert Ley. Hitler's Labor Front Leader*, Oxford, 1988. El papel de las SS y, en general, del aparato estrictamente represivo, BUCHHEIM, H. et alii, *Anatomie des SS-Staates*, Munich, 1967; GELLATELLY, R., *The Gestapo and the German society. Enforcing racial policy, 1933-1945*, Oxford, 1990; KOEHL, R.L., *The Black Corps. The structure and power struggles of the nazi SS*, Madison, 1983; BROWDER, G., *Foundations of the nazi police state. The formation of SIPO and SD*, Lexington, 1990; *Id.*, *Hiler's enforcers, The Gestapo and the SS security service in the nazi revolution*, Nueva York, 1996. También son de utilidad las biografías: BREITMAN, R., *The architect of genocide. Himmler and the final solution*, Londres, 1992; BLACK, P., *Ernst Kaltenbrunner. Ideological soldier of the Third Reich*, Princeton, 1984; DESCHNER, G., *Reinhard Heydrich. A Biography*, Nueva York, 1981.

sino que habrían tenido que imponerse por la fuerza: recolocación obligatoria de la mano de obra, reducción forzosa del consumo, desviación de las divisas a la obtención estricta de materias primas para la industria militar, etc.

El proyecto racista estaba definido *básicamente* por la orientación de la política exterior del régimen, en el sentido de que la supervivencia del mismo iba ligado a una dinámica de crecimiento económico, de satisfacción de las necesidades de la Comunidad Popular alemana que sólo podía obtenerse a través del sometimiento de los pueblos inferiores y de la apropiación de los recursos económicos -comenzando por la misma fuerza de trabajo- de etnias destinadas a una función de esclavitud en el Nuevo Orden. En este aspecto, lo que hace del nazismo un proyecto *racista-imperialista* desde su acceso al poder es la determinación de disponer el aparato productivo alemán al servicio del rearme, más que la política racista interna. Por deleznales que fueran sus perfiles, la violencia antisemita no tuvo, hasta 1938, las dimensiones ni la función cohesionadora y legitimadora del sistema que tuvieron otras actividades del régimen, como la absorción del desempleo o la violencia contra la oposición comunista y socialdemócrata en los orígenes del Tercer Reich.

Esta es una afirmación dura, que precisa de un desarrollo más amplio que el que corresponde a este artículo, en el sentido que debería medirse, por ejemplo, el índice *real* de represión *racial* en comparación con la represión de los enemigos *políticos* del fascismo. Y tal medición debe hacerse cuidadosamente, en términos que muchas veces implican dificultades de cuantificación, pues el nivel de detenciones y confinamientos no nos da la imagen de la *totalidad* de la represión, como muchas veces pretenden indicar quienes defienden altos niveles de consenso en el fascismo, al excluir el efecto expansivo sobre personas que nunca son víctimas directas de la represión, sino espectadoras atemorizadas a las que el castigo ejemplar vacuna contra cualquier tentación opositora. Por consiguiente, pienso que el *terror racial* en la vida cotidiana no debe confundirse estrictamente con el número de emigrantes o de personas que perdieron su empleo o fueron sometidas a violencia física. Pero ello tampoco ocurre en el caso de la represión contra una clase obrera que hasta la Gran Depresión había sido una de las mejor organizadas del continente y con mayores conquistas sociales derivadas de la revolución de 1918. Lo que quiero indicar aquí es que los factores más propios de aquello que es común al fascismo genérico tuvieron mayor carga cohesionadora y legitimadora del régimen que los que obedecían a la excepcionalidad del nazismo hasta poco antes del inicio de la guerra. Más aún: si lo que permitió al nazismo su acceso al poder fue su carácter fascista, su naturaleza de movimiento contrarrevolucionario de masas al servicio de la clase media, la consolidación de esta posición obedeció también *fundamentalmente* a este carácter, y sólo de forma secundaria, por lo menos hasta la *Kristallnacht*, a las propuestas de un Estado racial que *incluyeran la liquidación de determinadas etnias como derivación lógica del proyecto*: es decir, el genocidio. Es cierto que la vida cotidiana en el nazismo, incluso antes de 1938, estuvo atestada de recordatorios de quiénes eran los «camaradas de sangre» (*Volksgenossen*) y quiénes eran los que se hallaban fuera de la comunidad racial (*Gemeinschaftsfremde*), pero este factor consolidaba el régimen

sólo en la medida en que éste era capaz de dos cosas: ganar la batalla económica a la Gran Depresión a través del pleno empleo y asegurar un futuro mejor a los alemanes a través de una política imperialista. Y, para retomar el argumento con que iniciaba el párrafo anterior, ambos eran factores vinculados a la colocación de la ideología nazi y de sus proyectos políticos *de fondo* en el terreno de la política exterior. El pleno empleo derivaba de la recuperación de la industria pesada y tal recuperación era indispensable para construir un imperio alemán en Europa oriental.

La decisión de iniciar una guerra de corta duración, que permitiera abastecer de mano de obra barata y materias primas a Alemania, como base para lanzar otras guerras de corta duración, acabó en el inesperado desastre de una guerra generalizada e inmediata para la que Alemania no estaba preparada. Con todo, el escenario de la guerra, al imponer especiales sacrificios a la clase obrera, permitió que, dentro de la poliarquía nazi, fueran alcanzando los escalones superiores de decisión política aquellos sectores más comprometidos con el proyecto imperial-racista, que eran precisamente los encargados de canalizar la imposición del Terror en el delicado juego de consenso y coerción propio de los fascismos. Al mismo tiempo, la guerra misma permitiría, incluso en sus fases de declive, la realización, primero, del proyecto de «mano de obra esclava» y colonización en beneficio de la *Volksgemeinschaft* germánica, aspecto que la población acogió con el entusiasmo que otras naciones han dedicado a proyectos imperialistas «civilizatorios» muy comparables a éste. Pero condujo también, reforzándose en la certidumbre de la derrota, a la realización del genocidio: de esa gran empresa de librar a Europa de los judíos y de otras razas inferiores, que Hitler y la élite nazi consideraban el sentido último de su acción política. De esta forma, las utopías de los cenáculos racistas, los horizontes aberrantes de las tertulias *völkisch* se hicieron realidad, encarnándose en un proyecto político capaz de mantener la fidelidad a su naturaleza íntima, al tiempo que se ataviaba con un ropaje (el fascismo) que le permitió conquistar el poder, legitimarse en él y cumplir con su tarea esencial en el mismo momento en que se desmoronaban sus fundamentos materiales.